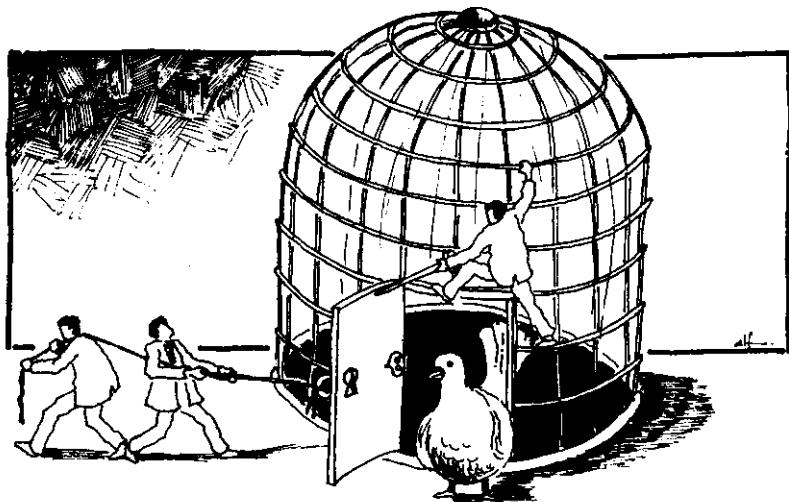


MANDELA

Yolanda Montúfar Ugalde



Un esperado acontecimiento al fin se ha producido. La liberación de Nelson Mandela, premio Nobel de la Paz se concretó en medio de delirantes manifestaciones de alegría por parte del pueblo sudafricano.

En toda época, pero especialmente en

la contemporánea, caracterizada por la universalidad del pensamiento casi por contagio hasta en el último rincón del mundo, cada vez quedan menos focos infecciosos que justifiquen el viejo aforismo que para no cambiar es preferible no intercambiar. Efectivamente, hoy por hoy el más leve petardo que estalle en cualquier rincón de

la tierra se escucha en todas partes al instante. No es de extrañarse pues, que los admirables sucesos ocurridos en la Europa Oriental en el cortísimo lapso del último trimestre de 1989 hayan repercutido e impactado en la conciencia —o cuando menos en la reflexión— de los líderes, aún de los más obcecados en la conservación a ultranza de métodos y mecanismos de congelamiento o momificación de los despotismos históricos que, uncidos a las viejas coyundas de la explotación del hombre por el hombre alimentaban esos torpes y vanidosos cultos a la personalidad que trocaban nada más que a Mao por el Emperador y a Stalin con el Zar o al “conductor” Ceasescu con los fantasmas de los tiranos que en el tiempo han sido..... que hicieron posible que cualquier roca Tarpeya estuviera, no cerca, sino dentro del Capitolio mismo para tratar de vulnerar lo invulnerable que es el pensamiento libre de los individuos.

Sin la propagación de las ideas y de la experiencia de los más sabios, la rueda seguiría girando entre los dedos esclavizados de generaciones sin horizontes y la medicina seguiría fiel a la acupuntura curalotodo o a las compresas de los tratamientos domésticos, cuando no a los conjuros de los exorcistas para sacar los malos espíritus del cuerpo de las víctimas de las enfermedades; todo seguiría sumido en un inmovilismo que, de perpetuarse, más cómodo habría sido que el homo sapiens no hubiera dejado jamás la frondosidad del árbol ancestral ni el abrigo de la caverna propicia.

Mas, cuando cunde el ejemplo —así el bueno como el malo— es como el torrente que desborda y rompe los diques in-

tentados a su paso: y cual reales trompetas bíblicas derribando los muros de Jericó, otros muros se derrumbaron porque los hombres y las mujeres gritaron ¡BASTA YA! Y los castillos de naipes se vinieron a tierra, arrasando los obstáculos erigidos por los despotismos o derribando sus infames puertas. Las grandes vanidades desfilan como sombras espectrales y como estela no resuenan sino los ecos de la sabiduría que con el Eclesiastés no se cansa de repetir “vanitas, vanitatum, et omnia vanitas”, aunque aparentemente dichas para sordos, para sordos del entendimiento, para sordos de espíritu.

¡Qué extraño ser es el hombre! Es el único que tropieza varias veces con la misma piedra y el que con mayor candor se engaña a sí mismo, como cuando por ejemplo toma por eterno lo que a todas luces no puede ser más que efímero: el pueblo egipcio tuvo su hora de dominio cenital, y pasó; el pueblo chino también rigió a su turno...y el griego, y el romano, y el azteca, y el inca, y el turco, y el nipón...y todos tomaron los éxitos momentáneos como eternos y el desengaño les hirió en lo más sensible: en su vanidad! Esa vanidad que hace revoluciones como la francesa, en la cual la libertad no fue sino un pretexto; la burguesía, en su nombre reclamó la igualdad, pero para su provecho, eliminando fraternalmente a todos cuantos se oponían a que ocuparan las ambicionadas sinecuras vacantes por acción de la violencia, patrocinada por la guillotina. Aquella igualdad que no rizó sino superficialmente a ciertos sectores de raza blanca pero dejó intacta a la esclavitud, que es la soberbia de la supremacía racial del hombre sobre el hombre, dictada por el azar de

haber nacido unos con pigmentación y otros sin ella, pero condenando a aquellos al servicio de éstos, sin retribución y sin libre albedrío.

En abierto ultraje a los decantados principios cristianos, la raza negra ha sido favorita de los esclavistas: el siglo pasado una cruel guerra (la de Secesión de EE.UU.) tuvo que ser librada para consumir la liberación de los esclavos, bajo la ilustre inspiración de Abraham Lincoln. La historia hablará a no dudarlo de la incongruencia entre los postulados vigentes en el siglo XX y la subsistencia del régimen oprobioso del llamado "apartheid", doctrina consagrada de la supremacía del grupo minoritario blanco sobre la mayoría de color que ha tenido que soportar la opresión y la discriminación constante en su propia tierra, pese a la presión incesante del resto del mundo. Más que nada los vientos de borrasca que soplan en todas partes han obrado a modo de catalizador oportuno

finalmente y en la Unión Sudafricana acaba el sector oficialista menos ciego de comprender, que más vale tarde que nunca, e indudablemente para salvar a tiempo a sus más caros intereses materiales, ha optado por la enmienda de una de las más clamorosas injusticias de los tiempos modernos, cual era la condena y el encarcelamiento de por vida del líder nacionalista Nelson Mandela, jefe histórico del partido del Congreso Nacional Africano, después de 27 años de inquebrantable dignidad entre las rejas forjadas por la torpe intransigencia racista de los descendientes de los "boers" que libraron —ellos sí, pero en exclusivo provecho propio— una de las más heroicas luchas contra el Imperio Británico, dominador omnipotente.

Mandela, a sus 71 años de edad se ha consagrado como símbolo de la libertad al proclamar no obstante su martirio que ¡"la lucha debe conti-

nuar"!
Quito, Febrero de 1990

